



Revista

Horizontes Literario



Si Edipo no fuera rey

Héctor Eduardo Pepinosa

Docente Programa de Derecho

Entre montañas y valles se levanta *Corinto*, un lugar remoto de aldeas propicias y bosques frondosos. Es la tierra de los *olímpicos*, mitad hombres y mitad dioses. Es la casa de *Forbas*, un hombre que cambió el destino de muchas generaciones. Todos coinciden en que fueron los *olímpicos* los causantes de su destino. Pero, ¿qué le habrá merecido tan mala suerte?, ¿acaso su pobre cuna?, ¿o a lo mejor un designio divino?, ¿qué habría sucedido si ese justo día, *Forbas* no hubiese ido a dicho lugar? Pero será mejor averiguarlo, antes que conjeturar.

El desventurado *Forbas* nació en un hogar muy pobre, y tanto sus padres como él, sirvieron en el palacio real. Su vida ahora cuelga de un hilo y su destino, tal vez esté resguardado para el *Hades*.

De niño fue feliz. Jugó en la ribera del río, junto al monte *Citerón*. Todos los caminos conducían a muchos lugares, pero *Corinto*, era sin duda su lugar preferido. De joven salía con su padre a cortar maderos. Conocía muy bien el bosque, pero esa situación, sería su mayor perfidia.

Se casó muy lozano. Casi tenía diecisiete, cuando su padre le dio el aval para convertirse en un hombre. Los *olímpicos* le concedieron tal deseo. Después de su unión con *Leneya*, *Forbas* se dedicó al pastoreo, trabajo que por recomendación de su padre le fue asignado por *Merope*, la reina de *Corinto*, quien era una mujer de buen corazón.

Como el dios de la descendencia, *Demeter*, no había visitado la casa de *Leneya* y *Forbas*, éste se levantaba muy temprano y pastoreaba hasta medio día, cuidando el rebaño de la realeza. Era su rutina diaria, y por esta razón permanecía más en el bosque, que en su casa.

Cierto día de aquéllos de pastoreo, *Forbas* escuchó un ruido muy extraño; era un ruido muy diferente a los normales del bosque. No era de un animal, pero tampoco parecía de un hombre. Los alaridos eran muy confusos, parecían lejanos, pero a la vez contiguos. Su curiosidad aumentaba, al igual que los latidos de su corazón. Así que decidió echar un vistazo para ver de qué se trataba.

Cada vez que se acercaba al ruido, su espíritu languidecía, su alma se turbaba y su mente cavilaba. Decidió levantar su cayado a fin de protegerse. Apretó su cinto, donde llevaba una espada corta. Pero cuando observó de qué se trataba, se quedó sin aliento por completo.

Lo que sus ojos miraron ese día, nunca se le borrará de su mente. Ésa sería su condena. Pensó que lo mejor era abandonar inmediatamente dicho lugar. A lo mejor, dijo, se trataba de un rito dejado por algún hombre a los *olímpicos*. Pero cuando decidió abandonar el lugar, caviló entre sí: tal vez el dios *Démeter* escuchó mis súplicas y me ha concedido descendencia, así que lo mejor será afrontar la situación.

La curiosidad de *Forbas* fue su paso fatal. Quería averiguar quién había perpetrado tan ignominioso acto. El ruido producido por su monumental hallazgo le embestía su alma, así que se dirigió directamente al sitio de donde provenía, sin pensar que esa decisión, marcaría la vida de muchas personas para siempre.

De un tallo leñoso, se encontraba colgado de los pies, un niño de pocos días de nacido. Había sido atravesado en las hendiduras de los talones con un cordel de algodón. El niño lloraba sin tregua, pero a pesar de su estado, sus gritos sugerían una lucha suplicante por la vida.

Forbas se compadeció y quiso cortar de inmediato los cordeles de donde pendía el niño, pero se detuvo por un instante. Pensó que si lo hacía debería inmediatamente arrojárselo con piel de cordero. Pidió al dios *Fauno* que lo ayudara, y escudriñó cuales animales le proporcionarían leche fresca.

Antes de cortar el lazo, pensó un instante en el futuro inmediato del niño. El *oráculo de Delfos* revelaría su destino. Su esposa *Leneya*, sin duda, le pediría una explicación razonable sobre la criatura y seguramente no le creería ni una palabra de su hallazgo. Pero tal vez... después diría: *¡Es un regalo para nosotros, de los olímpicos!*

Luego se preguntó en voz alta: *¿Qué dirán mis padres?* Les diré que *Leneya* y yo tuvimos un hijo. Se alegrarán mucho, seguramente, y después infirió: Le pediré a la reina que apadrine a mi hijo. Pero... tal vez... ésa no sea una buena idea, se dijo. La reina *Merope* tampoco tenía hijos y seguramente le quitaría a su niño para asegurar el futuro del reino. El esposo de la reina, *Polibio* quien la amaba mucho, no se opondría y de seguro me ordenaría de inmediato que oculte todo lo relacionado con el encuentro del pequeño.

Así que *Forbas* bajó su espada. Se sentó y por un instante, imploró a los *olímpicos* para actuar con cordura: Clamó a *¡Zeus!* Sus pensamientos lo llevaron a imaginar lo inimaginable: el niño será adoptado por la reina, cuando crezca, lo apodará *Edipo*, por su defecto en los pies hinchados. Caminará mal, pero será un gran Rey. Crecerá entre la realeza y gobernará con justicia. Cuando *Edipo* sea adulto, se preguntará por qué es diferente de sus padres. ¿Y si se le ocurre averiguar sobre su linaje? Tal vez algún hombre ebrio e imprudente, abra la boca y le diga en su propia cara: *¡Tú no eres hijo de los reyes!* Se burlarán de él y lo rechazarán en todo *Corinto*.

Entonces, *Edipo* preso por su angustia, huirá de *Corinto*, buscará su destino. Tal vez cometa locuras inimaginables y todo termine en una gran tragedia familiar. Lo mejor será no condenar a este infante a tan dolorosa infelicidad. Los *olímpicos* le habrán preparado dicho destino, desde todos los tiempos. Así que dio un paso hacia atrás, pero los sollozos de la criatura no claudicaban y con cada paso que daba hacia atrás, su espíritu languidecía. Era ya el medio día y *Forbas* debía reunir el rebaño para salir del lugar.

Sintió por un momento que alguien lo observaba. La diosa *Ares* me condenará a muerte si abandono a esta criatura, dijo. Así que suspiró profundamente, levantó una súplica a *Hermes* y meditó un instante. Levantó nuevamente su brazo, cerró sus ojos, y no quiso saber en dónde pegaría su espada. Un rayo luminoso encegueció su mente, y su espada corta bajó fulminante sobre la humanidad del niño, trozando los lazos del cordel. Los filamentos se desvanecieron vertiginosamente, mientras con su otro brazo sujetaba al niño por la espalda.

Abrió sus ojos y... *¡Edipo* fue Rey!

Si quieres saber qué pasó después... será mejor que lo averigües.